

VILAR, Juan Bta.: Los españoles en la Argelia Francesa (1830-1914). Prólogo de J. M.^a Jover Zamora. Centro de Estudios Históricos del C.S.I.C. y Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1989.435 pp.

El lector menos forjado en la Historia que en la observación detenida, se sentiría quizá tentado a abreviar el título de este trabajo de investigación a los siguientes términos: Los españoles en Argelia (1830-1914). Y no tanto obediendo a la evidencia de que este amplio territorio colonizado por Francia no tiene su homónimo sujeto a la administración de otro país (podría ser el caso de Guinea Española-Guinea Francesa), ni en todo caso a que Argelia fuera francesa durante un periodo más dilatado (1830-1962), sino más bien a que la obra en cuestión lo que expresa de manera prioritaria son las motivaciones y los tipos de emigración peninsular y baleárica a dicho territorio, pasando por las formas de asentamiento relacionadas con la actividad desarrollada, las cuestiones demográficas y los modos de vida, hasta las causas y efectos de los retornos, accesos a la ciudadanía francesa, etc. Todo ello en el contexto de las relaciones internacionales tan mutable~solamente posibles de abordar por la claridad de exposición en los antecedentes históricos y por haber descentralizado el autor para conseguir su objeto, las cuestiones a resolver de los esquemas tradicionales propios de la historia de cada uno de los países, que de una u otra forma intervienen en el desarrollo de los acontecimientos, o son afectados por su evolución.

Desde el punto de vista geográfico resulta ejemplarizante el estudio por cuanto las diversas y múltiples variables están unidas estrechamente entre ellas «como hilos de una tela de araña, que convergen hacia un territorio argelino en equilibrio dinámico, de manera que el cambio en una de ellas provoca cambios en todas las demás. El papel ejercido por la administración francesa, en su evolución varía, se precisa en cada momento en sus justos términos, expresando o permitiendo detectar su importancia relativa dentro de la fundamental dualidad (militar-civil), la primera de ellas más drástica y en ocasiones puntualmente aberrante por propia inercia o por las características de las misiones encomendadas o acciones a realizar; la segunda desbordada casi continuamente por el experimento colonial y las diversas for-

mas de corruptela en base sobre todo a complejas pretensiones de beneficio personal.

Se presenta un tipo de colonización, a diferencia de otras, tipificada tanto por la presencia de una importante población autóctona, como por haber soportado el territorio anteriores dominaciones (especialmente la española, magistralmente expuesta en los capítulos I y II), por el carácter de cierta provisionalidad de la emigración motivada por razones obvias de proximidad, o por disonancias cognitivas más difíciles de valorar, dificultades de adaptación de los inmigrados franceses al sistema no urbano más manipulado (agricultura sedentaria), e incluso urbano no demasiado relacionado con las funciones mercantiles, administrativas y militares fundamentales.

Más los hechos expuestos que las opiniones (de ahí el gran interés metodológico y documental de la obra), sitúan al lector en el marco de ese amplio territorio donde, todo hay que decirlo, no es difícil perderse si sólo se cuenta con la parca cartografía aportada o no se es experto africanista.

En la consabida compartimentación del paisaje norteafricano al borde Sur del Mar de Alborán (regiones mediterráneas de variable configuración en tránsito a la estepa y dilatadas extensiones entre ésta y las condiciones desérticas), se precisan con rigor las características y el alcance del desplazamiento de la población autóctona hacia sectores menos apetecibles del territorio, desde que se produce la conquista francesa tan relacionada con la política de prestigio. Se evidencia cómo al tiempo que progresa e intensifica la ocupación selectiva extranjera, se prevé aumente la disponibilidad de fuerza de trabajo musulmana que en el esquema colonial como es obvio ofrece la ventaja de no plantear explícitas reivindicaciones.

Se presentan con claridad también las características funcionales de las franjas costeras, con suficientes aguas disponibles para soportar una agricultura relacionada con más denso poblamiento, que constituyen el marco de relación de las ciudades donde se estimula el comercio marítimo y se penetra hacia los paisajes interiores cada vez de ocupación más puntual y

menos densa. Todo ello en unas dimensiones de rasgos islámicos con frecuente sobreimposición en muchos sectores de las características de vecindad y a veces presencia efectiva europea.

A raíz de las conquistas, con cierta independencia de los distintos condicionamientos que inciden a mayor escala, se evidencia ya la sorprendente aptitud físico y psicológica de algunos foráneos que a partir de una frugal dieta alimenticia, muestran una capacidad de adaptación permanente similar a la de la población autóctona, además de una mayor facilidad de integración que estos en la organización social cada vez más diversificada en el tránsito de una economía de subsistencia a la de mercado. Es aquí, donde descuellan diversos grupos de procedencia hispana, objeto prioritario del trabajo de Juan Bta. Vilar, y en los que actitudes y aptitudes relacionadas a su vez con la similitud fisiográfica, climática, biogeográfica y en cierto modo culturales de sus lugares de procedencia van a ser aplicadas al proceso. Para ninguno de ellos son totalmente desconocidos. Desde los paisajes hortofrutícolas de esmerado regadío a los yermos parajes de extrema aridez, pasando por los carrizos del cereal; ni tienen grandes obstáculos en improvisar el suficiente aprendizaje para la expuesta dedicación a las actividades marítimas, comerciales o variados servicios. Con frecuencia en último extremo los encontramos como soldados de Francia.

A lo largo de todo el libro, con exhaustividad se reseñan no tan solo las áreas de preferencia de los inmigrantes (Orán, Argel y Constantina por este orden), sino a su vez las matizaciones regionales de procedencia hispana, en las que destacan fundamentalmente menorquines, levantinos y andaluces, que vemos ocupados tanto en los puertos como en la bonificación de áreas encharcadas, construcción de pozos, explotación de espartizal (imborrables en la menoría por los luctuosos acontecimientos de Saïda) y siempre en la mejor disposición tanto para la relación imprescindible con otros grupos como para la exogamia.

Dado que tanto en la introducción como en el prólogo y en diversos capítulos del libro se advierte para después verse confirmado, que este no referencia simplemente los movimientos migratorios sino que se ocupa preferentemente de la colonización, resulta de interés analizar los contenidos en términos que podríamos calificar de ecología humana (en el sentido

de la adaptación del hombre al medio y no de su enfrentamiento con el tal). En este sentido si utilizamos los datos aportados y seleccionados por Vilar, el geógrafo preocupado por el *aménagement* puede llegar a algunas conclusiones a las que no accede «a priori» sin la profunda contribución histórica, debido a la imprevisibilidad de la interacción de factores, que junto a la diversidad y complejidad son las características sustanciales.

En buena parte tomando como base la experiencia histórica, que ahora se enriquece con esta valiosa aportación, observamos cómo se estuvo lejos de considerar que como base de partida en las zonas áridas y semiáridas de África al Norte del Sahara (donde las necesidades prioritarias de las poblaciones locales están relacionadas por un lado con la cantidad de cereales para la subsistencia y por otro con las necesidades de madera y fibras vegetales para uso doméstico, vivienda y manufacturas), el primer problema planteado es el de la localización óptima de la cerealicultura para la nutrición humana (200 a 300 Kilogramos por persona y año). Una vez solucionado este se puede delimitar el espacio apto para otros usos, especialmente de pastoreo. Con vistas a una producción animal a corto plazo. Pero como a fin de preservar tanto las tierras dedicadas a los cultivos como al pastoreo, las poblaciones rurales y las ciudades han ido destruyendo la cobertura vegetal (las necesidades mínimas en madera combustible y fibras es de 400 a 500 kilogramos de materia seca por persona y año) y si bien no es aceptable continuar en dicha situación, tampoco se puede ignorar la imperiosa demanda.

También el confinamiento de los pastores frente a los agricultores produjo importantes cambios, ya que la agricultura sedentaria tiende a una sustitución permanente de los sistemas naturales por los humanizados, mientras que los sistemas de pastoreo representan una modificación espontánea más que su sustitución. Los efectos de las diversas manifestaciones de inestabilidad se multiplican entre ellos y frecuentemente el factor humano, económico-social es el que actúa como multiplicador.

Los efectos de las sequías a lo largo de la etapa 1830-1914 podrían servir de referencia a los modernos expertos en Análisis Geográfico Regional y Planificación, pues determinan unas crisis en las que los efectos de la escasez de lluvias son incrementados. En los años relativamente húmedos anteriores, los cultivos se ha-

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

bían extendido en paisajes cada vez más secos y de mayor variabilidad pluviométrica, fenómeno relacionado con el aumento de población (vegetativa-inmigración europea) y las posibilidades comerciales. La voluntad de sedentarización hace desaparecer la movilidad como principal forma de adaptación de los pastores al medio y al faltar el alimento para los animales, en un intento de supervivencia. se cercena la cubierta vegetal para ofrecerla como pasto, provocando el deterioro y posterior abarrancamiento de los suelos.

Limitado por un umbral de tolerancia para las plantas, animales domésticos y agricultura, la elección de un sistema agrícola debe satisfacer tres condiciones: ser ecológicamente perdurable y no ir acompañado de la degradación de suelo, económicamente rentable para el agricultor y aceptado culturalmente tanto por éste como por la sociedad en que está inmerso. Hay que destacar tanto por su relación con la tercera de las condiciones expuestas, como por la necesidad de abordar la colonización de Argelia de manera global que la extensión del viñedo, origen de la estructuración más integrada del espacio, que se realizó a partir de 1880 en este país de sólida base cultural islámica, como contrapartida de los estragos producidos en Francia por la filoxera, apenas si aparece reflejada en el libro a pesar de su gran importancia. Hay que añadir, sin embargo, que se trata de un fenómeno relativamente tardío, coetáneo de la regresión creciente de la inmigración española, y experiencia de agricultura capitalista casi exclusivamente francesa que utilizó como mano de obra a inmigrantes marroquíes —que desde 1860, comienzan a sustituir a los oriundos de la Península Ibérica en las faenas agrícolas, sobre todo las más duras— y operarios argelinos que precisamente en 1881 comenzaron a cooperar masivamente, una vez fracasado el gran levantamiento nacionalista (el de Bu Aurana), después de haberse mostrado reticentes a la obra de la colonización durante medio siglo.

El libro expresa con claridad las claves para la expansión e intensificación de la agricultura. Tales claves se basan tanto en la energía disponible como en la demanda razonable de los productos y en las comunicaciones entre las áreas de cultivo y los consumidores. Ello está de acuerdo tanto con la procedencia hispana de buena parte de los trabajadores siquiera hasta la década 1880, como con la ordenación empírica del territorio en el que las zonas costeras se pre-

sentan como dilatadas cabezas de puente para la exportación de los productos sobre todo a Francia, si bien las rutas podían diversificarse de acuerdo con la demanda.

El inicio del ocaso de Argelia como granero de cereales básicos para la subsistencia humana —Vilar subraya el ritmo similar de las crisis cíclicas cerealistas argelinas y españolas ochocentistas— hasta llegar a convertirse en deficitaria y sin perspectivas de solución a corto plazo; el deterioro de la cubierta vegetal de que son ejemplos más espectaculares el rápido ritmo deforestador anterior a 1860 y después de esa fecha el caso del espartizal del que se llegó a contrarrestar su capacidad de regeneración (debido a la demanda inglesa y utilizando braceros almerienses y murcianos); la restricción de la movilidad como principal forma de adaptación del pastoreo al medio; el incremento del riesgo de sequía derivada, plagas del monocultivo, la introducción masiva de cultivos americanos destinados a la exportación, como el algodón y el tabaco, con éxito este último y llamado a desplazar al trigo de sus mejores tierras, etc., van jalonando a lo largo de las páginas de este libro el retroceso del autoconsumo con beneficio de la producción dedicada al mercado. Una agricultura capitalista —orientada casi exclusivamente a la exportación, tabaco y vid principalmente— que haría la fortuna de unos pocos, franceses sobre todo, a costa de las escaseces y crisis de subsistencias sufridas por los demás.

Cuanto llevamos dicho, dista de agotar los contenidos de este libro, ni siquiera en su lectura geográfica, dado que en las cuestiones históricas, accesos fundamentales —pues no deja de ser una obra de historia—, he preferido no entrar por quedar ese ámbito fuera de mi especialización profesional. Ochenta años de comercio hispano-argelino son tratados con máxima atención, detalla a su vez las corrientes de contrabando paralelo (origen de tantas fortunas en Argelia como en España), las comunicaciones marítimas entre ambos países, los transportes, el despegue y ritmo de las industrias extractivas argelinas tan conectadas a una mano de obra inmigrada desde Cartagena y La Unión; la cuantía y efectos de la repartición de los ahorros del emigrante, que tanto contribuiría a la desaparición de latifundios en Baleares, Alicante, Murcia e incluso Almería. En estas provincias donde desde el siglo XIX es frecuente la pequeña y mediana propiedad. se ve dismi-

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

nuida la carga de conflictividad social que en la época caracterizó al resto de Andalucía, así como Extremadura y La Mancha — interesante y verosímil tesis esta de Vilar—, etc. De estas y otras cuestiones se ocupa el autor con minuciosidad y acierto, sirviéndose de una formidable cantera de datos procedentes de archivos españoles, franceses y argelinos, y de un vasto

elenco de fuentes impresas y bibliográficas, material del que puntualmente se ofrecen los correspondientes índices.

Los hay, a su vez onomástico y toponímico que facilitan el manejo de este importante y, metodológicamente, bien trabajado libro.

Martín J. Lillo Carpio